Adolfo Sotelo Vázquez
Eduardo Gómez de Baquero y Marcelino Menéndez Pelayo
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. XCI, 2015, 267-280

EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO Y MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO*

"La peculiaridad de cada ser, su diferencia individual,
lejos de estorbarle para captar la verdad,
es precisamente el órgano por el cual puede ver
la porción de la realidad que le corresponde.
De esta manera, aparece cada individuo, cada
generación, cada época como un aparato de
conocimiento insustituíble. La verdad integral sólo
se obtiene articulando lo que el prójimo ve con
lo que yo veo, y así sucesivamente. *Cada individuo
es un punto de vista esencial*. Yuxtaponiendo
las visiones parciales de todos se lograría tejer
la verdad omnímoda y absoluta."
(Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, 1923)

I

Un año antes de fallecer, Eduardo Gómez de Baquero publicaba su último libro, que mi inolvidable compañera la profesora Raquel Asún calificó en su tesis doctoral sobre *La España Moderna* de "libro-síntesis" de sus dilatados quehaceres de intelectual y crítico literario. Se trata de *Nacionalismo e Hispanismo y otros ensayos* (Madrid, Historia Nueva, 1928). En el ensayo "La literatura española contemporánea", Andrenio sostiene que, aunque los periódicos prestan más atención al movimiento literario y existen autorizados cultivadores de la crítica (Azorín, Ortega, Pérez de Ayala, Díez-

* Texto de la conferencia pronunciada en la Cátedra de Menéndez Pelayo, en su Biblioteca de Santander, el 10 de septiembre de 2015, en el acto de presentación del *BBMP*, volumen XC.

Canedo o Casinos Assens son los nombres que menciona), "la crítica literaria no cuenta hoy con figuras que igualen a Menéndez Pelayo, Valera y Clarín"[1]. Es decir, para el crítico literario más significativo del primer cuarto del siglo XX el otero de la crítica literaria de la etapa de la Restauración decimonónica estaba formado por la trilogía que acabo de citar. Ahora bien, al examinar el océano de columnas de periódicos o páginas de revistas que Andrenio (nacido en Madrid diez años después que Menéndez Pelayo) le dedicó a la literatura y a sus disciplinas ancilares, la trilogía se resquebraja y quedan dos nombres insustituibles: Leopoldo Alas y Menéndez Pelayo. Andrenio apreciaba también, pero en otra escala, los quehaceres de Juan Valera y Emilia Pardo Bazán. Como veremos, Menéndez Pelayo fue para Gómez de Baquero el maestro de la crítica histórica en España, en tanto que Clarín, cuya labor crítica "es la más importante de las letras españolas del siglo XIX" según escribe en *El Sol* (24-IV-1925), mientras en el texto "La prosa periodística y el ensayo", recogido en el tomo del año 1928, sostiene:

> "En la Prensa española y en el período de florecimiento literario del último tercio del siglo anterior, la crítica literaria alcanzó una forma de gran amenidad periodística y, al mismo tiempo, de verdadera eficacia magistral [...] La palabra magistral que he empleado al hablar de la crítica de Clarín, no significa que tuviera nada de pedantesca ni que gustase del aparato didáctico. Pero ejercía un verdadero magisterio, enseñando, al menos, lo que no se debía hacer. Clarín, excelente novelista y cuentista, autor de dos de las mejores novelas españolas del siglo XIX: *La Regenta* y *Su único hijo*, y de cuentos admirables, era, ante todo, crítico y satírico"[2].

Conviene como segundo motivo del preámbulo de las presentes palabras recorrer el itinerario crítico de Gómez de Baquero en la prensa periódica, aprovechándolo para indicar los trabajos que dedicó a la personalidad y la obra de don Marcelino a lo largo de su prolífica aventura de crítico literario. El relato del recorrido procurará ser breve y selectivo.

El primer diario en el que Gómez de Baquero colabora (desde 1887) es el periódico oficial del partido liberal-conservador, *La Época*: un periódico tan aristocrático que ni siquiera aparecía en los quioscos, sino que se vendía por suscripción. En este diario es donde empieza a usar por primera vez el seudónimo de Andrenio en 1904, como tributo a Gracián y a *El Criticón*. Sus colaboraciones finalizaron en el año 1922. Creo no andar errado al afirmar que la primera referencia crítica de Gómez de Baquero a la obra de Menéndez Pelayo se ofrece en el ejemplar del 19 de enero de 1890, con motivo de la

[1] Andrenio (Eduardo Gómez de Baquero), *Nacionalismo e hispanismo y otros ensayos*, Madrid, Historia Nueva, 1928, p. 118.

[2] *Ibídem*, pp. 209-210.

publicación del tomo IV de la *Historia de las ideas estéticas en España*. Se trata del volumen II. Lo precisa Gómez de Baquero:

> "Prosigue en este volumen la erudita y completísima introducción de la obra, continuando en sus páginas la reseña histórica del desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo XIX, comenzada en el tomo anterior".

El segundo capítulo de sus colaboraciones en diarios lo abarca *El Imparcial*, donde publica su "Revista crítica", primero con algunas semanas de intervalo, y luego (desde 1903) con mucha mayor regularidad, entre 1901 y 1916. Como ha escrito Cecilio Alonso, "Eduardo Gómez de Baquero –procedente de *La Época* y *La España Moderna*– entraba en 1901 para hacerse cargo de la crítica de libros tras la muerte de Clarín"[3]. Durante los tres lustros que Gómez de Baquero publicó su "Revista crítica" en *El Imparcial* se ocupó en seis ocasiones de don Marcelino: en 1907, en 1908, en 1909, en 1910 y dos veces en 1912. En ese mismo espacio temporal glosaron la personalidad y las obras de Menéndez Pelayo, Luis Bello en 1906 y Jacinto Octavio Picón en 1907. Precisamente a este último análisis crítico remite su "Revista literaria" de 1907 a propósito de la "Nueva Biblioteca de Autores Españoles". Andrenio escribe: "En uno de esos tomos se contiene la terminación del excelente *Tratado histórico de la antigua novela española* por Menéndez Pelayo [...] De este volumen ha hablado en *Los lunes* un celebrado novelista moderno para quien no son ajenas las tareas de crítica literaria y artística: el señor Picón".

El tercer capítulo de los trabajos críticos de Andrenio en la prensa diaria lo debe ocupar sus colaboraciones en *La Vanguardia* barcelonesa[4]. En el diario de los Godó empezó a colaborar en 1907 gracias a la decisión de un intelectual mallorquín fundamental en los albores de la España del siglo XX, Miquel dels Sants Oliver (1864-1920), quien fue sucesivamente director del *Diario de Barcelona* y de *La Vanguardia*. Justamente Sants Oliver dedicó un espléndido ensayo (mayo-agosto, 1912) a la figura de Menéndez Pelayo y a sus relaciones con Cataluña, que vio la luz en el tomo titulado *Hojas del sábado, II. Revisiones y Centenarios*, que Gustavo Gili publicó en 1918. Bien, Gómez de Baquero publicó en *La Vanguardia* más de seiscientos artículos hasta poco antes de su muerte en 1929. Esta labor tan dilatada se debe a la gran confianza que como crítico le mereció a Agustí Calvet, Gaziel, el extraordinario periodista catalán que dirigió el periódico durante los años veinte

[3] Cecilio Alonso, *Indices de "Los lunes de El Imparcial" (1874-1933)*, Madrid, Biblioteca Nacional, 2006, p. XXIX.

[4] Es de consulta imprescindible la tesis doctoral de Juanjo Sotelo Vázquez, *Andrenio y la crítica literaria. Los artículos de "La Vanguardia" (1909-1929)*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1999.

y treinta del pasado siglo. La habitual columna de Andrenio en *La Vanguardia* se ocupó en nueve ocasiones de la personalidad y la obra de Menéndez Pelayo. Especialmente relevante es la serie de siete artículos que ofreció en los meses de junio y julio de 1927 y que recogen la conferencia *Menéndez Pelayo, historiador y crítico de la novela*, que había pronunciado en la Real Academia de la Historia, y que con posterioridad recogería el número del *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* correspondiente a enero-marzo de 1929.

Las referencias de Andrenio a Menéndez Pelayo en *La Vanguardia* tuvieron el estrambote del artículo "Un episodio literario" (13-IV-1929), que empieza así:

> "Primero en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, y después, en tirada aparte, el señor Artigas, director de aquella fundación, ha sacado del olvido, con el título de *Un episodio desconocido de la juventud de Menéndez y Pelayo*, cierta lejana polémica que se ventiló en los periódicos de Santander, a propósito *de los Tipos trashumantes*, de Pereda. Fue en el año 1877, cuando don Marcelino acaba de regresar de su viaje de estudios a Francia e Italia, para el que fue pensionado por la Diputación de Santander".

Andrenio resume la polémica que tiene como núcleo central la sátira que Pereda hacía de los krausistas en el capítulo "Un sabio" de *Tipos trashumantes*. Sin embargo, lo que me interesa subrayar de estas reflexiones críticas de la madurez de Andrenio es la su recomendación a la Biblioteca Menéndez Pelayo y su *Boletín*:

> "Aquella polémica periodística es una minúscula anécdota en la biografía de Menéndez y Pelayo, pero con todo ha hecho bien en recogerla el Boletín de la Biblioteca. Uno de los fines de estas fundaciones es explorar y apurar el pormenor erudito, que, aunque sea menudo y subalterno, aporta algún elemento de precisión o de colorido histórico. Cosas más importantes debiera publicar la *Biblioteca de Menéndez y Pelayo*, sin embargo, empezando por la correspondencia que ya sirvió de base a Bonilla y San Martín para su biografía de don Marcelino, y en la que hay mucho curioso e inédito que no debe ser substraído a los estudiosos ni a los aficionados a las letras por escrúpulos pueriles. Las anotaciones particulares de Menéndez y Pelayo en los libros de su biblioteca ofrecen también ilustraciones y datos muy útiles para el biógrafo futuro, que está esperando esta gran figura literaria. La Academia Española ha aprovechado, en su reciente edición de las poesías de fray Luis de León, las notas a ellas correspondientes. Del epistolario, anuncia el señor Artigas el cambiado entre Valera y Menéndez y Pelayo, en tres volúmenes con prólogo y notas en colaboración con don Pedro Sáinz Rodríguez".

El cuarto capítulo de la aventura crítica de Andrenio en la prensa diaria corresponde a sus trabajos en *El Sol* y *La Voz*, donde comienza a colaborar en la primavera de 1922. Se trata de una importante gavilla de artículos que van

más allá de la crítica literaria (en *La Vanguardia* ya lo venía haciendo). De don Marcelino se ocupó en dos ocasiones. Ambas tienen carácter indirecto: en *El Sol* al reseñar el libro de Miguel Artigas sobre Menéndez Pelayo –corría el año 1927– y en *La Voz* al discutir algunos aspectos de un artículo de Adolfo Bonilla San Martín aparecido en el diario católico de Madrid, *El Debate*. Con motivo del aniversario del fallecimiento de Menéndez Pelayo. El artículo de Andrenio, "Don Marcelino y sus heterodoxos" lleva fecha del 3 de junio de 1922.

Por último, el quinto capítulo de los quehaceres críticos de Gómez de Baquero debe detenerse en sus amplias colaboraciones en las revistas culturales, especialmente en *La España Moderna*. La pluma autorizada de la profesora Raquel Asún señalaba en un artículo derivado de su tesis doctoral, publicado en el volumen de 1991 del *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*:

> "En el mes de abril de 1895, Gómez de Baquero emprende una de sus tareas más rigurosas: la asidua colaboración en *La España Moderna*, compromiso con el rigor, la elaboración y fundamentación de los juicios respectivos. La sección fija 'Crónica literaria' que se continuará hasta enero de 1910, reúne el corpus más importante del crítico."[5]

En la sección "Crónica literaria" aparece muy a menudo el nombre de Menéndez Pelayo, pero tan sólo en julio de 1905 se ocupó por extenso de su personalidad. Se trata de la visión y el jucio que a don Marcelino le merecían Cervantes y *El Quijote*, a tenor del discurso que Menéndez Pelayo leyó en el Paraninfo de la Universidad Central y que publicó de inmediato la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. En enero de 1907, Gómez de Baquero volvía sobre Menéndez Pelayo y sobre la reciente elección de director de la Real Academia Española en una crónica que más nos parece una impertinencia soslayable que un análisis de la situación creada tras la elección de Alejandro Pidal por muy cauteloso que se muestre Andrenio.

Como apéndice de este pórtico que les vengo relatando, debo referirme a las colaboraciones de Gómez de Baquero en el semanario *Nuevo Mundo*, que había fundado un viejo conocido de don Marcelino, José del Perojo en 1894 y lo dirigió hasta su muerte en 1908. Dichas colaboraciones se inician en julio de 1907 y se prolongan hasta 1921: Tienen el común marbete de "El teatro de la vida" y en su primera colaboración las presentaba así:

> "Al empezar estas crónicas en el *Nuevo Mundo* experimento la comezón de hacer un prólogo [...] quiero recoger aspectos de la realidad, comentar contigo, lector, la historia que pasa, compuesta de grandes y míni-

[5] Raquel Asún, "A la inmensa mayoría: la crítica literaria de Eduardo Gómez de Baquero, *Andrenio*", *Estudios y ensayos*, Alcalá de Henares, Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1991, p. 336.

> mos sucesos; ver las cosas sin odio ni amor excesivo, aspirando a comprenderlas más que a juzgarlas; sacar de ellas una moraleja sencilla y humana con lo humano; una ética volandera, cuyo primer mandamiento lo ordene no ser gruñona ni desabrida; que sea curiosa de los lances de la vida y de los movimientos de las almas; que ponga en sus palabras el grano de mostaza de la novia, pero no el acíbar del agravio, ni menos el incienso de la adulación; que haga sonreír, que convide a divagar. Esto es mi ideal y éste es mi prólogo"[6].

La actividad cultural que dominaba estos teatros tuvo como protagonista a don Marcelino en fechas inmediatamente posteriores a su fallecimiento. "El teatro de la vida" del 30 de mayo y del 6 de junio de 1912 está dedicado a su personalidad y su obra. Son dos crónicas tan interesantes como anfibias.

Este breve recorrido selectivo por la obra de Andrenio ha dejado en el tintero todas aquellas publicaciones en las que el crítico madrileño no se ocupó directamente de don Marcelino. Conviene, no obstante, añadir dos aspectos más. En primer lugar que los libros de crítica en los que Gómez de Baquero agavilló algunos de sus trabajos en la prensa no contienen ninguno de los artículos que hemos mencionado sobre Menéndez Pelayo. Llama poderosamente la atención la ausencia de referencias en el tomo *De Gallardo a Unamuno* (1926) y la presencia ocasional y fuera del tronco principal en su libro de ensayos *Nacionalismo e hispanismo* (1928). El segundo aspecto es también importante: de la labor oceánica de Menéndez Pelayo a Andrenio le interesaron especialmente sus estudios sobre la novela, debido a que su mayor preocupación como crítico fue el desarrollo del género novelesco contemporáneo, tanto desde el punto de vista de la teoría como de la recepción. Baste con recordar que su discurso de ingreso en la Academia el 21 de junio de 1925 trató de "El triunfo de la novela", y que unos meses antes había dado a la luz dentro del libro *El Renacimiento de la novela española del siglo XIX* (Madrid, Mundo Latino, 1924) la conferencia que con ese mismo título había dictado dos años antes en Florencia con motivo de la primera Feria Internacional del libro, y en la que siempre me han sorprendido dos cuestiones que pese a proceder de la misma pluma constituyen una, un acierto, y la otra, un desatinado juicio. El acierto es su sintética valoración de *Fortunata y Jacinta*, que suscribirían tanto Ricardo Gullón como Stephen Gilman:

> "*Fortunata y Jacinta*, prodigio de minuciosidad y primor detallista, es el mejor retrato que se ha hecho de la burguesía del siglo XIX en la novela española y acaso en la de Europa. Su riqueza de tipos es prodigiosa, grande el interés del asunto y hondo y espiritual el problema que se plantea entre el amor consagrado por la maternidad y el amor asentado

[6] Cito por Juan Manuel Pérez Carrera, *Andrenio. Gómez de Baquero y la crítica literaria de su época*, Madrid, Turner, 1991, p. 78.

> en las firmes bases del estado legal, de la semejanza de gustos, de educación y de costumbres, atracción y concierto de los análogos"[7].

El desatino viene unas páginas después: clasificar a Clarín como "novelista menor" (en sintonía con otros manuales y estudios de la época) junto con Alarcón, Jacinto Octavio Picón y Luis Coloma. Clasificación que está en franca contradicción con sus propias argumentaciones de otros ensayos y artículos.

II

Los juicios de Andrenio sobre Menéndez Pelayo se establecen siempre en el escenario del reconocimiento de su condición de "príncipe de la erudición española", según dice en *La España Moderna* de 1907. También forma parte de las invariantes de los juicios de Andrenio una triple consideración. De un lado, la valoración de su espíritu como una síntesis de lo histórico y lo artístico. Condición que aplica a su obra toda, desde la *Historia de las Ideas Estéticas* a sus estudios sobre poesía castellana de la Edad Media, pero sobre todo llama la atención que subraye dicha característica en la *Historia de los Heterodoxos españoles*. En la primavera del año 1912 al analizar la segunda edición refundida (tomo I) de los *Heterodoxos* sostiene en *El Imparcial*:

> "Como esta historia no es sólo una obra de erudición, sino de estilo y arte literario, habrá quien piense que al refundirla acaso le haya quitado el autor su frescura y espontaneidad primera, restándole en belleza alguna parte de lo que le haya agregado con las nuevas aportaciones del saber y las consiguientes reformas del juicio. Él mismo toma en cuenta la objeción y la refuta diciendo "No faltará quien diga que con todo ello estropeo mi obra. ¡Como si se tratase de alguna novela o libro de pasatiempo! La historia no se escribe para gente frívola y casquivana, y el primer deber de todo historiador honrado es ahondar en la investigación cuanto pueda, no desdeñar ningún documento y corregirse a sí mismo cuantas veces sea menester." A esto puede agregarse que Menéndez Pelayo se encuentra en la plenitud y madurez de sus facultades de escritor, y que el primer tomo de los "Heterodoxos" muestra que no ha perdido en estilo la obra en los pasajes refundidos".

Tras el fallecimiento de don Marcelino el 2 de mayo de ese año, Andrenio volvía a reiterar en *Nuevo Mundo* la condición histórica y artística de la polémica obra de Menéndez Pelayo: "los *Heterodoxos* fueron la plena revelación de su personalidad y sin duda la más artística y vibrante de sus obras desde el punto de vista polémico y apologético".

---

[7] Andrenio, *El Renacimiento de la novela española en el siglo XIX*, Madrid, Mundo Latino, 1924, pp. 60-61.

El segundo presupuesto que es una constante en la pluma de Andrenio es el reconocimiento que Menéndez Pelayo tuvo desde el principio por parte de los círculos académicos y eruditos. Anotando su precocidad ("Antes de cumplir los veinticinco años era catedrático de la Universidad Central, académico de la Española, gozaba de general renombre y autoridad entre los estudiosos y era el ídolo de la España tradicional por cuyos fueros y cuya rehabilitación histórica había tan gallardamente combatido", escribe en 1912) de inmediato enfatiza que desde sus primeros pasos encontró un camino fácil y desembarazado.

Quizás la más importante de las consideraciones genéricas y constantes de la crítica de Andrenio acerca de Menéndez Pelayo fuese su creencia de que su criterio y sus convicciones ideológicas no habían variado con los años. En el artículo del 30 de mayo de 1912 en *Nuevo Mundo* y bajo el marbete de "Un gran español" sostiene que, en efecto, las ideas de don Marcelino se habían dilatado y enriquecido con el paso de los años:

> "Aquel genio precoz había madurado, había perdido la acritud de los frutos tempranos, la vehemencia de las horas de combate: era más griego, más humanista del Renacimiento, pero conservaba sin duda alguna todo lo esencia de su espíritu cristiano y español, fundido estrechamente con aquel otro espíritu clásico que no hizo sino desarrollarse".

La continuidad de los valores esenciales del pensamiento de Menéndez Pelayo es referencia segura en los juicios críticos de Andrenio, quien, sin embargo, admite el valor casi testamentario de las "Advertencias preliminares" a la reedición de los *Heterodoxos* y las entiende como "una de las autocríticas más modestas, más sinceras, de más nobleza espiritual y más elevación serena de ánimo que he leído", según escribe en 1912. Por ello, no duda en transcribir a sus lectores de *El Imparcial* un fragmento de las "Anotaciones", que reconstruyo y sintetizó:

> "No quiero ocultar –escribe don Marcelino– mi parecer antiguo, ni dar por inefable el moderno, sin que me arredre el pueril temor, indigno de la Historia, de aparecer en contradicción conmigo mismo [...] Otro defecto tiene, sobre todo en el último tomo, y es la excesiva acrimonia e intemperancia de expresión con que se califican ciertas tendencias o se juzga de algunos hombres. No necesito protestar que en nada de esto me movía un sentimiento hostil a tales personas [...] De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces; pero, si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando a la serena elevación propia de la Historia, aunque sea contemporánea"[8].

[8] Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1978, t. I, pp. 29-30. Se trata de la tercera edición.

Nótese como, con lucidez, don Marcelino advierte el carácter polémico de la primera edición de los *Heterodoxos* y la distancia de la elevación equilibrada de la Historia.

Corolario de esta invariante de los juicios de Andrenio acerca del pensamiento ideológico y religioso de Menéndez Pelayo, que reconoce, como hemos visto, la probidad crítica del maestro santanderino[9] en dichas "Advertencias", es la tajante afirmación de que Menéndez Pelayo sigue siendo el mismo en todo lo sustancial como pensador y como literato. Se trata de un párrafo de *El Imparcial* del 11 de marzo de 1912:

> "Las ideas, los procedimientos literarios e históricos, el estilo mismo, han variado menos de lo que se cree, muy poco en lo principal. Su vida intelectual ha sido una de esas vidas armoniosas que dan lo que prometen en sus primeros brotes juveniles. Lo que ha agregado el tiempo es lo que pone siempre en la vida de los grandes ingenios que no se petrifican: la madurez de las facultades, del juicio, del gusto, del sentimiento, la sabrosa sazón de los frutos del otoño que suceden a las flores viciosas de la primavera. Menéndez Pelayo ha crecido, pero es el mismo".

III

Perfilado el escenario general de las valoraciones que Andrenio mantuvo de la personalidad y la obra de don Marcelino, que hemos acotado en los juicios del año 1912 alrededor de la nueva edición de los *Heterodoxos* y de la muerte del sabio santanderino, hay que detenerse en lo que en verdad más interesó de sus trabajos y sus días a Andrenio: su faceta de crítico histórico-literario y más específicamente sus estudios sobre el género novela. Todo ello lo expuso de forma brillante y concisa en la serie de artículos de *La Vanguardia* (junio-julio de 1927), que, como saben, recogían la conferencia pronunciada en fechas anteriores en la Academia de la Historia. Se trata de un texto, dividido en diez apartados, que parte del valor de la crítica literaria y en particular de la novela, en el océano de la obra de Menéndez Pelayo, y que alcanza a sus reflexiones acerca de la novela contemporánea, acerca de Galdós y

[9] Probidad a la que volvió a aludir en *La Voz* (3-VI-1922), discutiendo algún aspecto del artículo de Bonilla San Martín en *El Debate*: "Sin embargo, aquella obra de juventud, pedestal de su fama, no era ni mucho menos la predilecta de don Marcelino. Tan no lo era, que durante largos años estuvo agotada, sin que se decidiera a reimprimirla a pesar de apremiantes solicitaciones, convencido de la necesidad de corregirla y refundirla. Cuando lo hizo al final de su vida, no omitió la rectificación debida en el magnífico prólogo de la nueva edición, prólogo que no sólo es una de las páginas de más serena elocuencia y más condensada erudición que salieron de su pluma, sino un alto ejemplo moral de probidad literaria, un caso de autocítica ejemplar".

de Pereda. Dicho texto tiene antecedentes en el quehacer crítico de Andrenio, quien ya en *La Época* (1890), glosando el último tomo de la *Historia de las ideas estéticas*, sentenció: "libros como la citada historia, que honra a la crítica española contemporánea". Dichos antecedentes son particularmente dos: el ensayo que publicó en *La España Moderna* (julio de 1905) sobre "Cervantes y el *Quijote* juzgados por Menéndez Pelayo" y la espléndida "Revista literaria" que dedicó a los trabajos de don Marcelino sobre *La Celestina* a finales del verano de 1910 en *El Imparcial*.

A juicio de Andrenio, Menéndez Pelayo atesora unas grandes dotes de crítico. A la altura de 1905, en *La España Moderna*, las definía como "la suma de saber que pone en sus escritos, el buen gusto que los depura y decora, el atractivo y la elegancia de su estilo y la erudición inagotable suya". De su crítica se aprende mucho mientas el ánimo se deleita. Idéntica definición usaba, a vuela pluma, en el artículo de 1917 dedicado a su estatua emplazada en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional, que contiene sugestivos matices en los que no podemos detenernos.

En la serie de artículos de *La Vanguardia* del verano de 1927 sostiene que la faceta de crítico de don Marcelino no puede omitirse ni posponerse "si se ha de llegar a la cabal inteligencia de su personalidad". Sabedor de que la obra crítica de Menéndez Pelayo es un eslabón imprescindible en esa disciplina ancilar de la creación literaria, de las creaciones pasadas y de las contemporáneas, Andrenio explicita las cualidades del crítico y de la crítica acerca de Menéndez Pelayo:

> "La cualidad esencial y dominante en el crítico es el gusto. El gusto es la inteligencia estética, fusión de inteligencia y sensibilidad que da a la estimativa función del crítico el órgano indispensable. Es como la vista natural del crítico. La erudición, el saber, son muy útiles al que ejerce aquella facultad, perfeccionan el gusto, pero no le crean ni le suplen, como unos anteojos no dan vista al ciego. Por muy versado en toda clase de Letras que esté el crítico, si carece de gusto o está escaso de él, no será verdadero crítico, sino en el mejor caso un glosador erudito. En cambio, el gusto, aunque no vaya acompañado de gran erudición, sugerirá juicios certeros y conducirá a hallazgos felices. La unión del gusto y el saber crea los grandes críticos. Este consorcio feliz se daba en Menéndez Pelayo" (*La Vanguardia*, 12-VII-1927).

Cualidades que, por cierto, también aplicaba al crítico y a la crítica estrictamente contemporánea. Baste cotejar las reflexiones anteriores con las que le motivaban el misceláneo volumen de crítica, *Conversaciones literarias (1915-1920)* (1921), de Enrique Díez-Canedo, cuyos trabajos críticos procedían de la prensa del momento. El texto de Andrenio vio la luz en *La Época* (11-III-1922):

"Reúne Díez-Canedo las circunstancias esenciales en el crítico: lectura, buen gusto, penetración. La lectura y el buen gusto son condiciones muy ligadas entre sí, no tanto que se pueda establecer una forzosa relación de causa

a efecto. Sin duda se desarrolla y depura el gusto en el comercio o el estudio de los buenos autores; pero los abundantes ejemplos de escritores, muy letrados y eruditos, que carecen de finura estética, de esa facultad electiva que llamamos gusto, demuestran que éste no es una creación de la cultura, aunque reciba de ella el perfeccionamiento. Algo tiene de don natural.

La penetración completa al gusto en el crítico. El gusto consecuentemente con su nombre es como un paladar intelectual; como una especie de 'sentido' de la inteligencia, que distingue perfectamente de calidades. Por la penetración, el crítico que la posee interpreta las obras y se las explica, que es la operación más intelectual de la crítica"[10].

Aunque la enciclopedia crítica de Andrenio permitiría muchos más cotejos debo limitarme a este botón de muestra, si bien es conveniente añadir que el crítico madrileño consideró siempre ensamblados en los quehaceres de Menéndez Pelayo los dominios históricos y los contemporáneos: "aquel contertulio de los muertos que, según su decir, caía como un bólido en las cuestiones de la literatura contemporánea, mostró, hablando de ellas, la sagacidad y el gusto de un gran crítico" (*La Vanguardia*, 15-VI-1927).

Por otra parte, y con ademanes en los que resuena la lectura de Matthew Arnold, admira en Menéndez Pelayo la taracea entre el historiador y el crítico. Convencido de que la historia requiere la asistencia continua de la crítica y que sin crítica no hay historia, Andrenio observa en Menéndez Pelayo esas dos facetas íntimamente fundidas, mediante una herramienta crítica imprescindible: la comparación. No creo exagerado afirmar que Gómez de Baquero entendió los trabajos críticos de don Marcelino desde un paradigma que se inicia en Arnold y desemboca en T.S. Eliot, paradigma que se articula desde dos herramientas insoslayables, el análisis y la comparación. En el capítulo de la serie de *La Vanguardia* dedicado al historiador y al crítico, escribe:

> "La historia es, principalmente, una descriptiva y la crítica una estimativa. Con todo, la historia, más objetiva e impersonal, exige para su formación un proceso crítico, y la estimativa del crítico adquiere con la documentación histórica, el poderoso instrumento de la comparación. El método comparativo da a la crítica literaria solidez, perspectivas, medios de contraste y comprobación" (*La Vanguardia*, 15-VI-1927).

El bisturí crítico de Andrenio precisa cuatro cuestiones interesantes en el universo de Menéndez Pelayo, crítico literario. En primer lugar, de modo general observa que la historia de nuestra literatura se ha escrito en prólogos. Los prologuistas de la Biblioteca Rivadeneira, al aire de don Bartolomé José Gallardo, renovaron la literatura española. Y en el caso de Menéndez Pelayo escribe:

[10] Cito por Juan Manuel Pérez Carrera, *Andrenio. Gómez de Baquero y la crítica literaria de su época*, p. 174.

> "En prólogos se publicó también gran parte de la obra de Menéndez Pelayo como historiador de las Letras. Los estudios sobre la Poesía española en la edad media, sobre la Poesía hispanoamericana, sobre las comedias de Lope, como el "Tratado histórico" y otros trabajos, fueron primeramente prólogos de ediciones" (*La Vanguardia*, 22-VI-1927).

En segundo lugar, señala que la atención histórica y crítica más perseverante de Menéndez Pelayo no fue para la novela, género que a su juicio no ha alcanzado pleno valor y categoría literaria hasta el siglo XIX. Sin olvidar los indiscutibles méritos de los estudios del santanderino sobre la poesía castellana y la hispanoamericana, así como los formidables estudios sobre Lope y Calderón, Andrenio señala, con tino y agudeza, la decisiva importancia de sus estudios sobre la novela y los clasifica por el orden de la historia en tres grupos: "literaturas clásicas, novela antigua española y novela moderna". E incluso, recuerda que a estas secciones podrían "añadirse los juicios acerca de los novelistas extranjeros de la primera parte del XIX, comprendidos en el último tomo de la *Historia de la Ideas Estéticas*, pero allí la novela es un asunto incidental, un episodio del prólogo de la estética moderna" (*La Vanguardia*, 15-VI-1927).

Al margen de unas sabrosas observaciones crematísticas sobre lo que sus sucesivos editores pagaban a don Marcelino, me parece relevante, en tercer término, que Andrenio, como ya había hecho en 1905 en torno a los libros de caballerías y el *Quijote*, reivindique en los estudios sobre la novela contemporánea dos aspectos del género, "uno literario y otro que no lo es", que había perfilado Menéndez Pelayo:

> "Y ese reconocimiento de la existencia de un factor no literario, que puede ser, sin embargo, muy importante en las obras de pasatiempo, pareciendo cosa tan sencilla y clara, se olvida muchas veces. En particular, al crítico de la actualidad literaria, al crítico de periódicos, que no ha de juzgar *sub especie aeterni*, y que si ha de tener asomos de historiador contemporáneo necesita estudiar y juzgar no sólo obras aisladas, sino fenómenos literarios corrientes del gusto, etc., le importa mucho tener presente la existencia de ese elemento no literario, y la influencia grande que puede ejercer en la fortuna de una obra o aun de un género de libros. Por no tenerlo en cuenta, se formulan muchas veces juicios ligeros sobre el gusto del público y la calidad de los autores; se aplica a algunas obras una medida heterogénea e incongruente, y no se comprende la razón de ciertas preferencias y ciertos desvíos del público"[11].

Por último, y es la cuarta cuestión de las anotadas por Andrenio que merece destacarse, menciona sus principales escritos acerca de la novela: el

[11] Eduardo Gómez de Baquero, "Crónica literaria. Cervantes y el *Quijote*, juzgados por Menéndez Pelayo", *La España Moderna* (VII, 1905), p. 171.

Tratado histórico sobre la novela, "que es la principal historia de la novela que tenemos" (*La Vanguardia*, 29-VI-1927), los estudios acerca de *La Celestina* y *El Quijote* y los relativos a las novelas de Galdós y Pereda.

Me voy a detener en el último tramo de este diálogo de Andrenio con la labor crítica de Menéndez Pelayo en lo relacionado con la novela contemporánea. Los dos textos que Gómez de Baquero glosa, analiza y subraya son, en el caso de Galdós, la contestación de don Marcelino al discurso de ingreso del novelista canario en la Real Academia Española el 7 de febrero de 1897. Y en lo que atañe al novelista santanderino, el prólogo al tomo I de las *Obras Completas* de Pereda (1884). Ambos textos son imprescindibles para el conocimiento de la teoría hy la práctica de la novela española de la segunda mitad del XIX, tal y como reconocía Andrenio al cerrar sus atinadas reflexiones: "La crítica de la novela contemporánea le debe páginas excelentes. La obra de Menéndez Pelayo como historiador y crítico de la novela no será lo principal en su enciclopedia, pero es de lo más equilibrado, imparcial y sereno" (*La Vanguardia*, 19-VII-1927). Palabras que adquieren más relevancia si se atiende a dos hechos innegables. Gómez de Baquero era a la altura de 1927 el crítico que mejor conocía la novela realista y naturalista, a la que por cierto –vale la pena recordarlo– había censurado, con notable desmesura, Ortega en *Ideas sobre la novela* (1925), calificándola de irritante e inaguantable. Y a otro hecho que, a menudo se pasa por alto: el propio Menéndez Pelayo reconocía más de veinte años después de escribir el prólogo al primer tomo de las *Obras Completas* de Pereda que "adolece de incorrección y ligereza juvenil"[12], añadiendo una posdata que reúne sus artículos de recepción crítica de *Sotileza*, *La puchera* y *Peñas arriba*, que Gómez de Baquero no considera.

Los aspectos de la valoración que Menéndez Pelayo hace de Galdós y que Andrenio destaca son: su comparación a menudo ventajosa con Balzac, su papel central en la novela española desde 1870, el valor histórico y narrativo de *Los Episodios Nacionales*, la gravedad del pensamiento y la riqueza psicológica de los personajes de *Gloria* y, sobre todo, la maestría de *Fortunata y Jacinta*, que es un libro –Gómez de Baquero cita Menéndez Pelayo– "que da ilusión de la vida; tan completamente estudiados están los personajes y el medio ambiente" (*La Vanguardia*, 19-VII-1927). En lo que atañe a Pereda, justiprecia el empleo de lo local y lo popular (lo natural), su condición de descriptor de costumbres y la construcción de idilios rústicos, todo ello en la órbita del gran realismo decimonónico.

Con su habitual concisión crítica, Andrenio no pasa por alto la posición de Menéndez Pelayo en la querella literaria, estética e ideológica que supuso la recepción del naturalismo de escuela en España. Y además de no prescindir de

[12] Lo hace al publicar la quinta serie de *Estudios de crítica literaria*, Madrid, Tipografía de la "Revista de Archivos", 1908.

ella –lo que a buen seguro no complacía a Ortega y sus seguidores– acertaba al atender y enfatizar la sagacidad y sutileza de don Marcelino al analizar la "cuestión palpitante" en el prólogo de 1884. Andrenio certifica que Menéndez Pelayo había leído a Balzac, Flaubert (a los que aprecia con reservas) y a Zola, a cuyas teorías pone reparos que guardan sobradas similitudes con las que Maupassant formuló en el canónico texto de 1887, *Le roman*, que prologaba su novela *Pierre et Jean*. El tema, que he expuesto hace unos años en esta misma cátedra (en la que me siento siempre muy a gusto) es complejo y apasionante.

Finalizaré aludiendo a un indicador de este tema. Se trata de un fragmento del discurso de contestación de Menéndez Pelayo al de ingreso en la Academia de Galdós, que propongo sirva de recuerdo y homenaje a dos críticos literarios de primera magnitud. Sostenía don Marcelino ante los académicos de la Española en el invierno de 1897:

> "Había, no obstante, en el movimiento naturalista, que en algunos puntos era una degeneración del romanticismo vuelto del revés, no solo cualidades individuales muy poderosas, aunque por lo común mal regidas, sino una protesta, en cierto grado necesaria, contra las quimeras y las alucinaciones del idealismo enteco y amanerado; una reintegración de ciertos elementos de la realidad dignísimos de entrar en la literatura, cuando no pretender ser exclusivos; y una nueva y más atenta y minuciosa aplicación, no de los cánones científicos del método experimental, como creía disparatadamente el patriarca de la escuela, sino del simple método de observación y experiencia, que cualquier escritor de costumbres ha usado; pero que, como todo procedimiento técnico, admite continua rectificación y mejora, porque la técnica es lo único que hay perfectible en el arte."[13]

Una espléndida y sintética lección de crítica literaria.

ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ
UNIVERSITAT DE BARCELONA

[13] Benito Pérez Galdós, *La sociedad presente como materia novelable. Y contestación de don Marcelino Menéndez Pelayo*, Madrid, RAE / Biblioteca Nueva, 2013, pp. 70-71.